

Una sociedad según el corazón de Dios: utopía sociopolítica de Mons. Romero

Álvaro Artiga González*

Palabras claves
profecía, utopía, política, Iglesia, conversión

Resumen

Este trabajo introduce, a partir de las homilías de Mons. Romero en su primer año al frente de la arquidiócesis de San Salvador (1977), lo que podría denominarse la utopía sociopolítica de Mons. Romero, la cual queda condensada en la expresión “una sociedad según el corazón de Dios”, que sería una sociedad tranquila, en paz, hermosa, fraterna, bella paradisíaca.

El punto de partida es la intuición de que hay —en las homilías pronunciadas por Mons. Romero durante sus tres años como arzobispo de San Salvador, en sus cartas pastorales, en su diario, en sus pronunciamientos, en sus editoriales, etcétera— una serie de expresiones e ideas que, tratadas de manera sistemática, pueden delinear la clase de sociedad que imaginaba para los salvadoreños. Una sociedad que, según él, Dios ofrecía a El Salvador como señal del carácter histórico de su salvación y en la que Mons. Romero cree y promueve como designio de Dios para los salvadoreños

Sin embargo, dicha sociedad solo sería posible si antes los salvadoreños entraban en un proceso de conversión hacia Dios. En las homilías de Mons. Romero, hay una serie de llamamientos a la conversión a diversos sectores y grupos sociales. Tal conversión debe entenderse en dos sentidos: un dejar de hacer lo que obstaculiza la llegada de esa sociedad (dejar de hacer lo que Dios rechaza) y un ponerse a hacer lo que hará realidad esa sociedad (hacer lo que Dios quiere).

* Director del Doctorado en Ciencias Sociales UCA/UDB, e-mail: alartiga@uca.edu.sv

La conversión aparece así como una exigencia para salir de la espiral de violencia en que había caído el país. Mons. Romero era consciente de que la situación se deterioraba cada vez más y en ello había responsabilidad, por acción u omisión, de todos los salvadoreños. Por tanto, para revertir la tendencia al empeoramiento era necesario un cambio de actitudes y de comportamientos, un giro hacia Dios. Este giro tendría como resultado una transformación de las relaciones sociales. Una cuestión que sigue siendo vigente treinta y cinco años después de su martirio.

Introducción

Muchas cosas se pueden decir de Mons. Romero y muchos trabajos (más allá de las biografías) se han hecho a partir de sus dichos, de sus palabras, de sus homilías y cartas pastorales. Treinta y cinco años han pasado desde su asesinato. Pero, paradójicamente, ese asesinato se puede completar cuando se le ha declarado beato y está en camino a la canonización. Por la distancia temporal y por las consecuencias que puede tener para la Iglesia local y mundial, hay una dimensión del pensamiento de Mons. Romero que puede quedar relegado a un último plano, a tal grado que quede oculto, invisible, pese a la importancia que tuvo para él y que tiene para los salvadoreños de hoy. Es la dimensión sociopolítica de su pensamiento manifestada en la metáfora de “la sociedad según el corazón de Dios”.

Este trabajo está distribuido en tres apartados y una conclusión. En el primero, se define la perspectiva desde la que se pretende leer las homilías y demás escritos de Mons. Romero. En el segundo, se recupera una serie de llamamientos a la conversión (en sentido

negativo, como un dejar de hacer; en sentido positivo, como una invitación a hacer) que Mons. Romero hizo a diferentes sectores y grupos sociales durante su primer año al frente de la archidiócesis de San Salvador. Y en el tercer apartado, se presentan los primeros esbozos del “sueño” de Mons. Romero para la sociedad salvadoreña. Un “sueño” en el que vio que Dios quería encontrarse con los salvadoreños en su historia, para hacer de su historia una señal de la salvación. El “sueño” de Mons. Romero es el designio de Dios para los salvadoreños.

1. La perspectiva de este trabajo

El 22 de febrero de 1977, fue el día en que Mons. Óscar Arnulfo Romero y Galdámez tomó posesión del cargo de arzobispo de San Salvador. El día 20 de ese mismo mes y año, habían tenido lugar las elecciones presidenciales en un proceso que culminaría con las denuncias de fraude y la masacre de quienes lo denunciaban concentrados en la Plaza Libertad de San Salvador, el día 28. La vida eclesial de aquellos momentos mostraba, tanto dentro como fuera del país, el rasgo de la persecución por parte de las autoridades políticas¹. En dicho contexto se suceden, en menos de un mes, varias reuniones del nuevo arzobispo con el clero archidiocesano que culminan con “la mayor demostración de unidad eclesial que se recuerda en la historia moderna del país”²: la misa única del 20 de marzo en la catedral por el asesinato del P. Rutilio Grande. Pronto comenzaron los ataques y la campaña difamatoria contra el arzobispo llamándolo “comunista”.

Sobre los hechos eclesiales mencionados, un comentarista de la revista *Estudios*

1. La expulsión de sacerdotes, así como la prohibición de su ingreso a otros que se encontraban fuera del país y el asesinato del jesuita Rutilio Grande, el 12 de marzo, son muestra clara de dicho rasgo de la vida eclesial local. El arresto de un grupo de obispos llegados de todo el continente a Ecuador para una reunión pastoral, calificada como “subversiva” por las autoridades de Quito, es una muestra del mismo rasgo a nivel continental (véase J-P. Clerc, “Las iglesias católicas y el poder militar en América Latina”, *Estudios Centroamericanos (ECA)*, Año XXXII, n.º 341, 1977, pp.199-206).
2. G. L. “Monseñor Óscar A. Romero, nuevo arzobispo de San Salvador. Crónica de seis semanas”, *Estudios Centroamericanos (ECA)*, Año XXXII, n.º 341, 1977, p.208.

Centroamericanos (ECA), escribió luego de seis semanas de la toma de posesión del arzobispo:

Sin pretenderlo y quizá sin saberlo, monseñor Romero ha sido importante protagonista de una página de la historia de la Iglesia en El Salvador y en toda América Latina. Sus decisiones han sido históricas; su proceder ha hecho culminar todo un proceso de la Iglesia de la archidiócesis que se ha ido gestando desde el Vaticano II y Medellín. Evidentemente, en la archidiócesis ha habido y seguirá habiendo fallos, errores y pecados, pero *en estos momentos* ha aparecido también *el gran milagro* gestado por tantos cristianos y por la sangre de Rutilio.

[...] La actuación de Monseñor ha sido un símbolo claro de la intención fundamental de la Iglesia postconciliar: ha compartido los gozos y *las esperanzas*, las angustias y las tristezas de su mundo. Las *esperanzas* las ha expresado en numerosos sermones, escritos y conversaciones por la YSAX. Las tristezas las ha compartido y también denunciado en el mensaje de los obispos y en las entrevistas por radio [...] Ha ofrecido, a todos los salvadoreños de buena voluntad, *la solución cristiana*: la luz y la fuerza que proviene del evangelio y de los documentos de la Iglesia.³

Mons. Romero compartió las *esperanzas* de su pueblo, las expresó en sus homilías y escritos y ofreció *la solución cristiana* para resolver los problemas que vive El Salvador. En aquellos *momentos* esto fue parte de un *gran milagro* que ocurría en el país. Poco más de tres años después de su asesinato, Sobrino analizaba la dimensión profética de Mons. Romero sin la cual no podría entenderse su misión y su destino martirial⁴. La palabra profética de Mons. Romero es analizada por el P. Sobrino desde tres dimensiones: histórica, teológica

y escatológica. Me interesa en este momento retomar la primera dimensión que se refiere al “contenido concreto de la palabra de Dios que denuncia y desenmascara el pecado de la sociedad y sus responsables, anuncia el castigo, exige la conversión y ofrece una esperanza para el futuro”⁵.

La dimensión profética comprende, pues, cuatro elementos: una denuncia, un anuncio, una exigencia y una oferta. En este trabajo me interesa el tercer elemento, es decir, la exigencia o el llamamiento a la conversión. Según Sobrino: “Como pastor llamó a conversión a todos los salvadoreños, de todos exigió una renovación personal. En cuanto profeta, sin embargo, llamó específicamente a la conversión del pecado fundamental y a sus responsables”⁶.

¿Cuál era ese pecado fundamental? Sobrino sostiene que para Mons. Romero era la absolutización de la riqueza. Esta es la “raíz de una sociedad global y radicalmente pervertida a todos los niveles” (*op. cit.*, p.1005). Por tanto, la conversión no debiera tener solamente una dimensión personal, sino también una dimensión social. Además de una conversión individual, del corazón, era necesaria una conversión de la sociedad, es decir, una transformación social. Ciertamente, para lograr que esta conversión fuera eficaz había que conocer el punto de partida, “la perversión a todos los niveles” y la responsabilidad de cada uno de los agentes sociales en esa “perversión”. Pero también es necesario tener una idea de hacia dónde hay que convertirse, es decir, al menos una idea del punto de llegada habría que tener. Este “punto de llegada” no le era indiferente a Mons. Romero. De hecho, como se verá con más detalle posteriormente, en ese punto estaba la radical diferencia entre la liberación que predicaba Mons. Romero y la liberación

3. *Ibid*, pp. 209-210. (Las cursivas son mías).

4. J. Sobrino, “Mons. Romero: profeta de El Salvador”, *Estudios Centroamericanos (ECA)*, año XXXV, n.º 384/385, 1980, pp.1001-1034.

5. *Ibid*, p. 1002.

6. *Ibid*, p. 1017.

que predicaban diferentes organizaciones que convergieron, unos años después, en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Por de pronto, basta la siguiente cita como una muestra de este afán por aclarar cuál es la liberación que la Iglesia predicaba:

... nosotros en la Iglesia no predicamos una liberación a ras de tierra, una revolución que quisiera resolver las cosas con violencia, con secuestros, con represiones, con crímenes. No es esta la voz de la Iglesia. La Iglesia, siempre que predica que los hombres tienen que ser libres, iguales, dignos, se remonta a la luz de Dios. (08-01-78)

Insistir en la distinción era algo necesario, tanto por la campaña difamatoria contra la Iglesia archidiocesana, como por la posible instrumentalización de la Iglesia por parte de organizaciones de clara inspiración marxista.

Por tanto, la conversión es hacia Dios. Pero ¿qué significa eso tanto en términos personales como en términos sociales? Sobrino da cuenta de lo relacionado con la dimensión personal, con más detalles que lo que atañe a la dimensión social. Y lo hace citando extractos de homilías de Mons. Romero, en su mayoría del año 1979 y algunas de 1980. Yo voy a enfocarme más en la segunda dimensión, es decir, en la conversión (transformación) de la sociedad y lo voy a hacer, en este trabajo, citando extractos de las homilías de Mons. Romero de su primer año como arzobispo metropolitano. Sin embargo, para facilitar la comprensión de estos extractos, voy a presentar *grosso modo* algunos de los rasgos sobresalientes del contexto histórico en el que lleva a cabo Mons. Romero su primer año como arzobispo de San Salvador.

2. Los “llamamientos” de monseñor Romero

Quizá el “llamamiento” de Mons. Romero que más se conoce es aquel que hizo en su homilía del 23 de marzo de 1980:

Yo quisiera hacer un *llamamiento*⁷, de manera especial a los hombres del Ejército y, en concreto, a las bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles: hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice “No matar”. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: icese la represión!

Sin embargo, las homilías dominicales de Mons. Romero desde 1977 contienen muchos más llamamientos y no solo a los “hombres del Ejército”. Hay llamamientos en general, como aquel que hizo en la misa exequial del ingeniero Mauricio Borgonovo, quien había sido secuestrado, y 21 días después apareció su cadáver:

Finalmente, queridos hermanos, y esto quisiera que fuera la voz más grande en este momento: un *llamamiento* a la concordia. Solo Cristo puede decir en este instante a nuestra patria: “Amaos los unos a los otros”. Solo Cristo viviendo en su Iglesia puede decir: la fuerza del cristiano es el amor, la fuerza del cristiano no es el odio, la venganza, el resentimiento. Lejos, pues, de nosotros, queridos hermanos, esa ola que muchos esperan, de crímenes, de venganzas. ¡De ninguna manera! No es conteniendo violentamente a la violencia como se va a arreglar la paz del mundo. Es, como dice San Pablo, mejor: no devolváis mal por mal, ahogad

7. Las cursivas en este extracto y en los que siguen son mías.

el mal con el bien, una ola de bondad, una ola de amor, un ambiente de comprensión.
(11-05-77)

Se trata de un *llamamiento* a todos, en especial a los cristianos, para que no fuesen a reaccionar violentamente en aquellas circunstancias. Ya aquí hay un rechazo a la violencia como método para resolver los problemas que aquejan a la sociedad salvadoreña. No es con violencia como se alcanza la paz⁸.

En la misa exequial del padre Alfonso Navarro vuelve a hacer otro *llamamiento*, en este caso el nivel de generalidad es menor, pues se dirige a las que Mons. Romero denomina “las fuerzas morales”:

Y por último, queridos hermanos, el mensaje de este beduino camino de la eternidad es este: un *llamamiento* a todas las fuerzas morales. Hermanos, si Alfonso Navarro es la figura de la Iglesia acribillada en este momento, la Iglesia como aquel beduino sigue señalando, como *llamando* a todos los demás: “Sigan por aquí”. Si a la Iglesia no se le quiere creer, si a los sacerdotes se les está confundiendo con marxismo y comunismo, no es justo hermanos. Pero si la calumnia llega a cundir, decimos entonces a las otras fuerzas morales que quedan en el mundo: “¿Y ustedes qué hacen?”.
(12-05-77)

Hay un doble llamado en este llamamiento. Uno es el que Mons. Romero pone en boca del padre Navarro: “Sigan por aquí”⁹, por el camino del rechazo a la violencia:

Yo encuentro en el mensaje de Alfonso el de aquel beduino acribillado por las balas; en primer lugar, una protesta, un rechazo a la violencia: “Me matan porque les indico el camino”. Y nosotros, la Iglesia, repetimos, una vez más, que la violencia no resuelve nada; que la violencia no es cristiana ni humana; que la violencia, sobre todo cuando pisotea el quinto mandamiento, “No matarás”, en vez de traer bienes, trae angustias, lágrimas, zozobras.
(*Ibid*)

Por tanto, es un llamamiento a no aceptar la violencia como método para resolver los problemas del país. Y mucho menos si esa violencia implica quitarle la vida a un ser humano. ¡Por allí, no! El otro llamado es el que Mons. Romero hace a las fuerzas morales, a quienes interpela sobre su comportamiento en medio de aquella espiral de violencia: “¿Y ustedes qué hacen?”. Pero ¿quiénes son esas fuerzas morales? En su orden, Mons. Romero habla del “protestantismo”, “las organizaciones nobles”, “a todo lo bueno que queda en cada familia”, a todos ellos les dice:

Esta hora, hermanos, no es para dividirnos entre dos Iglesias, es la hora de sentir una sola Iglesia que lucha por esa resurrección de Cristo, que trae redención no solo más allá de la muerte, sino aquí en la tierra, para luchar por un mundo más justo, más humano, para luchar por una sensibilidad social que se haga sentir en todos los ambientes, para luchar contra la violencia, contra el crimen. ¡Ah, si todos nos propusiéramos, como un propósito sincero en esta tarde, de unir las fuerzas morales! No solo

8. Varios meses después, Mons. Romero hace otro llamamiento similar: “Desde la perspectiva de Dios, pues, la Iglesia ilumina estas realidades y hace un llamamiento a los hombres a la cordura, al entendimiento, a no querer arreglar las cosas por las fuerzas irracionales del más fuerte, sino por la fuerza de la razón que es la fuerza de Dios” (16-10-77).
9. Este llamamiento se entiende mejor si se toma en cuenta la leyenda que cuenta Mons. Romero al inicio de su homilía: “Cuentan que una caravana, guiada por un beduino del desierto, desesperada y sedienta, y buscaba agua en los espejismos del desierto; y el guía les decía: “No por allí, por acá”. Y así varias veces, hasta que hastiada la caravana sacó una pistola y disparó sobre el guía; agonizante ya, todavía tendía la mano para decir: “No por allá, sino por aquí”. Y así murió, señalando el camino”. Mons. Romero aplica esta leyenda al padre Navarro.

los que pertenecemos a la Iglesia católica, sino también de todas las fuerzas que, aun sin creer en la Iglesia —pero tienen miedo a morir como muere Alfonso Navarro—, quieren que no pasee la bandera del odio y de la violencia.¹⁰

(*Ibid*)

En la misa de fin del año 1977, Mons. Romero volvió a hacer referencia a lo dicho en la misa del P. Navarro. Volvió a hablar de las fuerzas morales, que en el caso de la Iglesia Católica denominó “fuerzas vivas”. A todas ellas les dijo:

[...] yo quisiera hacer un *llamamiento* a todas las fuerzas vivas de nuestra Iglesia: sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos, comunidades de todas las categorías, familias que se precian de cristianas, también a los que no tienen fe en nuestra Iglesia, los hermanos protestantes, también los que no tienen fe en Cristo, pero aman la paz y desean el bien. Un *llamamiento* que hice ante el cadáver de un sacerdote asesinado en este año, quiero hacerlo también nuevo en este fin de año y principio del nuevo año: el *llamamiento* a que todos hagamos un esfuerzo por la paz, que construyamos esa paz dinámica que arranca, desde luego, en una Iglesia que trata de ser auténtica, fiel a su Evangelio.

(31-12-77)

Dentro de las fuerzas morales están, por supuesto, los laicos que se declaran cristianos. Para Mons. Romero estaba claro que los cristianos laicos católicos debían considerarse parte de la Iglesia. Esta no solo es la jerarquía

como todavía suele entenderse entre algunos sectores sociales y aun dentro de la misma jerarquía. Este era un punto importante para entender la misión de la Iglesia y la relación entre la Iglesia y las organizaciones populares. Es a través de los laicos como la Iglesia contribuirá a la transformación (conversión) del mundo hacia Dios. Este es el *llamamiento* que Mons. Romero les hizo:

Aquí quiero hacer un *llamamiento* específico a los laicos. Con una alegría intensa, este pastor les manifiesta su agradecimiento a Dios, porque en los laicos va despertando una conciencia de vivir su papel de Iglesia en el mundo. [...] ustedes que están en el mundo, padres y madres de familia, maestros de escuela, profesionales, obreros, jornaleros, empleados, señoras del mercado, el laicado en general, cómo transformarán al mundo ustedes, llevando esa presencia de Dios que llevan en su corazón como antorcha que ilumine ese ámbito de sus actividades. Un *llamamiento* específico para que sientan, pues, que Iglesia no solamente es el obispo y sus sacerdotes y sus religiosas, Iglesia son todos los bautizados en una comunión con el obispo, estrechando cada vez más la unidad de fe, de verdad, de sacramentos, de gobierno, como lo acabamos de decir.

(05-06-77)

Por supuesto que a Mons. Romero le preocupaba la unidad de la Iglesia y por eso, cuando los laicos asuman su papel en la sociedad como Iglesia, deben hacerlo en unidad con la jerarquía¹¹. Se trata de una

10. En la homilía del 3 de julio de 1977, Mons. Romero hace alusión a “las fuerzas morales” otra vez. Entonces las llama “fuerzas vivas”: “los protestantes, la Cruz Roja, los Boy Scouts, todas las instituciones benéficas, bondadosas, de tantos corazones buenos, aunque sean laicas, aunque sean ateas”.

11. La preocupación por la unidad de la Iglesia en Mons. Romero es equivalente a la preocupación por la unidad de los cristianos. Así, a medida que la situación del país se volvía más crítica, a medida que la violencia iba ganando terreno y la división en la sociedad se hacía más profunda, Mons. Romero se dirigió a los cristianos no católicos en los siguientes términos: “... un *llamamiento* a mis hermanos protestantes a luchar, no por sembrar más sectas, no por hacer más picadillo el cristianismo, sino por unir. Que nosotros, protestantes y católicos, por estar divididos —y más ustedes, protestantes, por dividirse en tantas sectas, llamándose todas cristianas profesando todas la Biblia—, estamos dando un testimonio espantoso, como si Cristo estuviera partido, decía San Pablo. ¡Si no hay más que un Cristo! Y tenemos la obligación de unificarnos en su mensaje, matando en nosotros egoísmos, modos personales de pensar, para presentar la única fe en el único Cristo, formando el único rebaño que salvará al mundo entero” (06-11-77). El 22 de

unidad amenazada por las tendencias centrífugas que podrían aparecer tanto entre los laicos como entre la jerarquía¹². A pesar de ese riesgo, Mons. Romero no dudó en insistir en el papel protagónico que debían tener tanto los laicos como la jerarquía en la misión de la Iglesia. Así, en otra ocasión, les hizo este llamamiento:

[...] queridos hermanos, mi llamamiento pastoral se dirige ahora a todos ustedes los laicos. Laicos son todos los cristianos bautizados, marcados con la señal de Cristo, pertenecientes al pueblo de Dios, responsables de la historia de la Iglesia porque sobre sus hombros también descansa la responsabilidad pastoral. A ustedes, que en sus hogares como padres de familia, como madres de familia, como jóvenes en el mundo, están viviendo la belleza de esta hora cargada de esperanzas, sean protagonistas de la historia de la Iglesia. Présténle todos sus brazos, toda su fuerza, todo su corazón. Que al ejemplo de esos católicos que van comprendiendo su compromiso —dando catecismo, celebrando la palabra, atrayendo a la gente al servicio de la Iglesia, al servicio de Dios—, no se quede un solo bautizado sin responder a esta hora en que la Iglesia viene a ponerles un reto para decirles de parte de la jerarquía: hacemos todo lo que está de nuestra parte, ahora toca al pueblo responder generosamente a esta Iglesia que es instrumento de Dios, para traer santidad, vida, gracia y todo eso que deriva de esos grandes valores eternos, también para los grandes compromisos temporales.
(18-09-77)

Durante la homilía de la Fiesta del Divino Salvador del Mundo, el 6 de agosto de 1977, Mons. Romero hizo otro llamamiento a los laicos, a quienes denominó en esa ocasión “católicos fieles”. En esa oportunidad, en la

que anunció también la publicación de su segunda carta pastoral, los llama a pedirle a Dios por la conversión de los que han odiado y calumniado a la Iglesia. El 21 de agosto llama a “los cristianos” a vivir la escatología, la esperanza, a “trabajar en esta tierra, para hacer [...] una realización de ese reino que se va a consumir en la eternidad”. A medida que el tiempo pasaba, los llamamientos a los laicos siguieron siendo parte de las homilías de Mons. Romero. Cada vez más el sentido de estos llamamientos era al compromiso con la transformación de este mundo para hacerlo más conforme al designio de Dios. Estaba claro para monseñor que la Iglesia tenía una misión, que la Iglesia podía aportar en tal sentido; pero eran los laicos quienes, trabajando en distintas áreas en el mundo, debían asumir la tarea, para lo cual era necesario que contaran con criterios de discernimiento. Así es como les dice:

Aquí quiero hacer un llamamiento a los laicos, ustedes, hermanos, la mayoría que me escucha, los que no son sacerdotes —que por vocación tenemos que servir el ministerio de Dios— y los que no son religiosos ni religiosas —que por vocación renuncian con sus tres votos para buscar bienes superiores—, ustedes se quedan en el mundo. El Concilio dice que su vida está como entrelazada con los bienes temporales. De ahí la necesidad de tener criterios muy finos para darle a las cosas su verdadero sentido y el peligro tan grande de que, viviendo entre las cosas de la tierra, vayan a acabar también haciéndose tierra. La necesidad, entonces, de que el bautizado, el seglar que tiene que manejar las cosas temporales, tenga criterios bien sanos y colabore a que este mundo sea conforme al designio de Dios y los bienes estén mejor distribuidos y todos los hombres nos sintamos hijos de Dios.
(18-09-77)

enero de 1978 volvió a hacer “un llamamiento a la unidad tanto dentro de la Iglesia como de afuera de la Iglesia, a todos los cristianos no católicos” y allí mismo hizo también “un llamamiento a todos a que oremos intensamente para que se realice la unidad que Cristo ha pedido”.

12. Este es un punto importante que requiere mayor desarrollo, pero que se escapa al alcance del presente trabajo. En buena medida, se trata de un asunto que debe ser tratado por la eclesiología para fundamentar, no de manera dogmática, dicha unidad. Hacerlo dogmáticamente es hacerlo desde la perspectiva de quien

Asumir compromisos de transformación social no es fácil y Mons. Romero era consciente de ello. No solo era un asunto de salir de la comodidad, sino que se corría el riesgo de sufrir la persecución de las autoridades o las amenazas de los escuadrones de la muerte. En tales circunstancias, la tentación para los cristianos sería vivir un cristianismo desencarnado, espiritualista. Con todo, Mons. Romero animaba a los católicos a no tener miedo:

Hermanos, no importa no ser católico, lo que interesa es ser cristiano de verdad y llevar el Evangelio de Jesucristo no solamente a una proclamación muy fácil de un espiritualismo sin compromisos con la historia, sino que lo que vale en el Evangelio es seguir a ese Cristo que no le tiene miedo a quedarse clavado en una cruz cuando se trata de la defensa de la santidad en la historia. Y aquí es donde fallamos, no solo protestantes, sino también muchos católicos que, como dice esta carta protestante, aman su vida cómoda y no quieren complicaciones. Sirva, pues, como un *llamamiento* para mis queridos católicos a no tenerle miedo al Evangelio y a darse por entero, aun cuando ese Evangelio nos pida sacrificios superiores a nuestras comodidades. (11-12-77)

Lejos debía quedar el miedo, dada la alegría que debía producir el saberse partícipes del plan salvífico de Dios para El Salvador, un plan con el que la Iglesia se sentía comprometida. La Iglesia no solamente como jerarquía, sino como el conjunto completo de los bautizados. Participar en ese plan de Dios debía ser motivo de entusiasmo:

Hermanos, la Iglesia no solo somos los obispos y los sacerdotes; la Iglesia son ustedes los bautizados, la familia cristiana, los profesionales,

los estudiantes, los obreros, los campesinos. Al decir aquí, pues, que la Iglesia está prolongando este plan salvador de Cristo, quiero hacer un *llamamiento*, hermanos, a que todos ustedes bautizados vibren, palpiten con el entusiasmo del plan de Dios, un plan que nadie puede detener, un plan que tiene que realizarse porque Dios lo quiere [...] Es el gran deber, dulce deber, sacrificada obligación de todos los cristianos.¹³ (18-12-77)

Mons. Romero hizo una serie de *llamamientos* a sectores específicos. A los lectores de los periódicos, por ejemplo, en la homilía del domingo de Pentecostés de 1977 les dijo:

Es un *llamamiento*, pues, que la Iglesia hace desde el Espíritu de Pentecostés, a no dejarse engañar. Queridos lectores de los periódicos, ya son gente madura ustedes, no necesitan que les digan: "Esto es mentira, esto es verdad". ¡Disciernan ustedes mismos! (29-05-77)

A los médicos, les hace un *llamamiento* para que se declaren contra la tortura:

Quiero secundar también el [llamamiento] que ayer hacía la *Voz de los Estados Unidos*, interpretando a Amnistía Internacional, que ha examinado a setenta y cinco torturados y ha encontrado en ellos consecuencias espantosas, que aun cuando se han curado las cicatrices del cuerpo torturado, su psicología queda maleada; hace un llamamiento a los médicos de todos los países para que se declaren contra la tortura. Yo secundo esa voz y espero que nuestros médicos sepan dar testimonio con su técnica, con su ciencia, de que la tortura no solo es un atropello a la dignidad humana, sino una destrucción de la salud de los pueblos y de los hombres. (29-05-77)

tiene el poder de definición. Aquí solo puedo adelantar que la unidad eclesial tiene su fundamento en el amor a Dios y a los miembros de la comunidad eclesial, en el seguimiento a Jesús y en la realización histórica de su misión salvífica y liberadora de toda clase de pecado.

13. Desde ya resulta interesante notar los sectores sociales que son mencionados como partícipes de este plan de Dios. En el llamamiento citado, aparece una especie de alianza entre sectores medios (profesionales y estudiantes), obreros y campesinos. En esto se parece a la composición social de las organizaciones populares de la época. Sin embargo, no hay que olvidar la insistencia de Mons. Romero en la inspiración cristiana que debía motivar a los primeros.

Pero también, dado el carácter específico de su profesión, Mons. Romero les hizo un llamado, así como a las enfermeras y demás personal que trabaja en los hospitales. La promoción integral de las personas que predica la Iglesia no se juega solo en los ambientes políticos. El servicio que el personal médico y paramédico puede prestar a la humanización de la sociedad está en relación directa con la forma en que se trate a los enfermos. No olvidemos que Mons. Romero eligió vivir entre los enfermos del Hospital La Divina Providencia, en la colonia Miramonte de San Salvador. El conocía bien el ambiente de los enfermos y por eso pronuncia estas palabras:

Esta hora de compasión para el enfermo lleve un llamamiento al médico, a la enfermera, al hospital, para que humanicen cada vez con más delicadeza esa misión de quien trata no a un animal ni a una cosa, sino a un ser humano, que tiene su corazón compartido con una familia con la que no está, que le hace falta el cariño de aquellas manos que lo saben tratar bien en su casa. He aquí el ambiente del enfermo.
(09-10-77)

A los párrocos y a los maestros, Mons. Romero también les hizo un llamamiento a propósito de la celebración del Día del Maestro, el 22 de junio. Monseñor expresa, en la homilía del 19 de junio de 1977, que él siempre ha sentido mucha simpatía por los maestros, a los cuales les manifiesta su deseo de que hubiera una mayor comprensión hacia la Iglesia, a fin de trabajar juntos con los jóvenes para un mejor futuro de la sociedad salvadoreña. En este contexto, les hace un llamamiento en forma de *súplica* en los siguientes términos:

Que en este Día del Maestro, yo quisiera *suplicar* a los párrocos que hicieran un esfuerzo

de acercamiento a las escuelas y que, junto con los maestros, ante la perspectiva de tantas violencias y de tantos atropellos que vivimos, se propusieran, párrocos y maestros, crear una juventud nueva, una niñez creada en un ambiente más sano, más cristiano.
(19-05-77)

Otro *llamamiento* en forma de *súplica* lo hace para defender a los jesuitas de los ataques y amenazas que desde el asesinato del P. Rutilio Grande venían recibiendo. “Quien toca a los jesuitas toca a la Iglesia”, dijo Mons. Romero en la homilía del 26 de junio de 1977. En la semana anterior, la organización clandestina tipo escuadrón de la muerte, la Unión Guerrera Blanca (UGB), había hecho pública una amenaza a muerte a los jesuitas si no abandonaban el país en un plazo no mayor de treinta días. En esa coyuntura Mons. Romero dijo:

Si por desgracia llegara a suceder algo a los jesuitas, toda la Iglesia se sentiría ofendida. Y la reacción puede ser muy seria. ¡Queremos *suplicar*, de veras, un *llamamiento* a la cordura! ¡Ni siquiera por broma! Broma de pésima ley. Y mucho menos por amenaza seria, teñida de sangre, de violencia. Mucho más fea todavía cuando es la respuesta brutal a la razón que habla. Porque les quiero decir que los pronunciamientos que en estos días han estado publicando los jesuitas son doctrina de la Iglesia. Y todos los católicos estamos comprometidos con ese magisterio que los jesuitas han tomado muy en serio y que otros católicos de pésima ley no quieren adoptar.¹⁴

Un *llamamiento* que podría resultar curioso para algunos es el que Mons. Romero hizo a “los hombres de buena voluntad”, pero que no comparten la fe. A ellos los llama “queridos amigos” y cree que ellos también pueden ser artífices de la paz, que pueden contribuir a erradicar la violencia del país. Para ello

14. El comunicado de los jesuitas al que Mons. Romero alude aquí lleva el título “Los jesuitas ante el pueblo salvadoreño”, y fue dado a conocer en junio de 1977. Puede consultarse en *Estudios Centroamericanos (ECA)*, año XXXII, vol. 344, pp. 434-450.

bastaría que fueran solidarios con los pobres y rechazar las injustas desigualdades de nuestra sociedad. Así les dice:

Y aquí hago un *llamamiento* yo aún a aquellos que no creen en esta fe que nos ha congregado en nuestra misa del domingo. Muchos estarán oyendo allá por radio, sin ser católicos, sin que les importe la misa de cada día; hasta les estorba la oración piadosa de su esposa, de su mamá, de los seres piadosos que han encontrado la paz divina. [...] Ustedes también pueden ser llamados artífices de la paz [...] porque aun sin tener fe, se es capaz de amar al hermano y de ser artífice de paz.

Mi *llamamiento* de hoy, pues, brota del corazón del Evangelio, del corazón de la Iglesia; pero sus brazos se tienden aun a aquellos que no tienen fe, para prestar al mundo una colaboración sincera, la colaboración por una paz verdadera. (03-07-77)

De sus llamamientos no se escapó ni siquiera su Iglesia, a la cual, como a todos, pedía su conversión. Es más, es la misión de la Iglesia la que exige esa conversión cuando la vida de sus miembros da un mal testimonio para la credibilidad en la misión y en la Iglesia misma:

Yo siento, hermanos, una gran esperanza, porque sé que esta palabra de la homilía dominical llega a muchos corazones. Ojalá que todos la vean con la intención con que yo la pronuncio, una denuncia de pecado, que la Iglesia no lo puede tolerar, aunque sea en sus mismos miembros de Iglesia, y un llamado a la conversión del pecado. Sacerdotes, religiosos, religiosas, colegios católicos, instituciones de Iglesia, asociaciones piadosas, todos, comenzando por el arzobispo, tenemos que revisar a fondo nuestras vidas, a ver si están conforme a la voluntad de Dios, para luego ser frente al mundo, también como Jeremías, el testimonio de una santidad que reclamaba con su propia vida, cómo se debe de vivir aun cuando vengan por ese modo de vivir todos los ultrajes. (14-08-77)

Si la raíz de las violencias en la sociedad salvadoreña estaba en la injusta distribución de la propiedad y uso de la tierra, Mons. Romero incluyó en sus llamamientos a los terratenientes y a los campesinos. Por supuesto que no los trataba igual puesto que los primeros oprimían y explotaban a los segundos. Pero, para Mons. Romero, esa relación no se superaría mediante la violencia. De la violencia no puede venir la paz. De allí que les dijera:

Yo *llamo* a la comprensión a los que poseen cafetales, algodonerías, cañales y todo lo que la tierra produce, y a los que van a colaborar también a cortarlas, a recogerlas. Unos y otros son hijos de Dios, bendecidos por esta tierra pródiga. Un poco de amor, nada más. No legalidad solamente. Las leyes —se llaman de salarios mínimos o como se quieran llamar— no son suficientes. Porque aquel dicho tiene una gran verdad: “Hecha la ley, hecha la trampa”. Y hay muchas injusticias cuando se cumple simplemente la ley sin amor. El amor es el alma de la justicia cristiana. El amor es el que le da sentido divino a la ley de los hombres. Si no hay amor, las leyes salen sobrando.

Por eso, hermanos, aunque no haya leyes pero que haya diálogo, que haya comprensión, que haya fraternidad. Que no vayamos a lamentar en nuestras fincas en esta temporada cosas de violencia. La Iglesia está llamando, pues, a la cordura, a la comprensión, al amor... (20-11-77)

El llamado a que los terratenientes obren por amor a los campesinos lo volvió a repetir el primer domingo de adviento. Para Mons. Romero, las relaciones entre los diversos sectores sociales deberían estar orientadas por el amor. Las leyes no serían necesarias a menos que en ellas se formalizase el amor basado en una misma filiación divina. Pero es obvio que este llamado sonaba más a un deseo que difícilmente se haría realidad. Las reivindicaciones sociales por mejores condiciones de vida clamaban por nuevas leyes, bajo el supuesto que estas regularían el comportamiento de

los actores, en especial el comportamiento de los terratenientes hacia los campesinos. No obstante, Mons. Romero insistió:

¡Qué hermoso *llamamiento* podíamos hacer aquí, hermanos, cuando el trabajo abunda en nuestras campiñas, no se vaya a convertir en odios ni en luchas ni en sangre! Desde el domingo pasado, estoy clamando para que las cortas de café, de algodón y de caña sean un canto de alabanza al Señor, no esperando leyes, sino inspirando en el amor de fraternidad que une a los dueños y a los trabajadores. Que hagamos de nuestra campiña un himno que haga tono con la generosidad con que Dios nos regala sus cosechas. Esta es la meta, hacia esa paz caminamos.
(27-11-77)

En el terreno de las luchas sociales, de la concreción en la historia de la salvación de Dios, Mons. Romero llamó permanentemente a no limitar la liberación a lo meramente temporal. El proyecto de Dios no puede agotarse solamente en una lucha por salarios dignos o mejores condiciones de vida. Mucho menos puede valerse de métodos violentos. A tal grado fue importante esto para Mons. Romero que dedicó su cuarta carta pastoral a las relaciones entre la Iglesia y las organizaciones populares, a las relaciones entre la liberación que predica la Iglesia y la liberación que buscaban dichas organizaciones. Pero ya en la misa de Epifanía de 1978, Mons. Romero dijo:

Yo hago un *llamamiento* también para que en esta lucha renunciemos a liberaciones meramente temporales, a liberaciones que no trascienden más allá de la historia, a liberaciones que quieren resolver las cosas con odio, con violencia y con lucha. No es ese el modo de ser de los salvadoreños, es una deformación del corazón. Cuando en el corazón de un noble salvadoreño se enciende el odio, la lucha, el secuestro, el crimen, la sangre, no es un salvadoreño auténtico, no hace honor a su patria y a su fe, es un traidor de esa trascendencia que nosotros hemos —diría— amamantado en el mismo pecho de nuestras madres.

Hay otro tipo de llamamientos relacionados con la celebración de fiestas religiosas. Mons. Romero quería que estas se realizaran acorde al espíritu de la misión de la Iglesia. Que fueran momentos para vivir la solidaridad, para reflexionar sobre la propia vida, para educar a las nuevas generaciones en la paz. Que no fueran celebraciones para hundirse en situaciones de pecado, presas del espíritu consumista y menos que sirvieran para reproducir socialmente conductas violentas. Así, en la preparación de la Navidad de 1977, en el segundo domingo de adviento, Mons. Romero hizo este llamamiento:

Junto a su casa hay alguien que no recibe una tarjetita de Navidad, llévenle un plato de tamales, llévenle algo que le socorra. Habrá muchos niños que no reciben un juguete. No les den juguetes, menos si son de armas. No les enseñemos la violencia desde la niñez. Socorrámoslos en cosas más necesarias. He allí, pues, un *llamamiento* para celebrar una verdadera Navidad cristiana que no consista en comilonas, en embriagueces, en regalos que solamente pasan por las alturas, sino que llegue de veras a la pobreza de nuestro pobre pueblo.

En similares términos se pronunció en la fiesta de la Epifanía de 1978. Con la diferencia de que en dicha ocasión utilizó expresamente el término “conversión”. Esta fiesta debía ser un *llamamiento* a la conversión:

Queridos hermanos, esta es nuestra Epifanía, una Epifanía que nos ha presentado a Cristo bajo este nombre de paz. Él es nuestra paz. Que estos inicios de 1978, bajo este augurio de la paz que tan intensamente ha resonado en esta catedral y, a través de la radio, en muchos hogares, sea verdaderamente un llamamiento a la conversión. Que quienes no tienen sentimientos de paz porque tienen mucho egoísmo en su corazón se conviertan al amor; quienes están lejos de la paz porque tienen sus manos manchadas de sangre y de crímenes se laven en el arrepentimiento y sientan que también, para los pecadores y los criminales, hay paz cuando hay arrepentimiento y amor. Un llamamiento a

tener paz en los hogares. Que haya reconciliación, que haya amor, que Cristo esté presente en toda la República y en cada uno de los salvadoreños.

Sin conversión no habrá salida duradera para los problemas que aquejan a la sociedad salvadoreña. Y en este sentido no se vale decir que otros son los que tienen que convertirse. Quienes así piensan, son más pecadores porque ven la basura en el ojo ajeno pero no ven la viga en su propio ojo. Para Mons. Romero todos estamos llamados a la conversión:

Todos somos pecadores y todos tenemos que volvernos hacia Dios. Y este es el *llamamiento* de la Iglesia a todos, a sus hijos, aun a los más santos y a sus hijos pecadores y a los que no son de su reino, a todos los hombres. (26-02-78)

El esfuerzo por la conversión pasa por el reconocimiento de las flaquezas, de las debilidades. La lucha por la transformación social no debe ignorarlas. Es más, debe ir acompañada de la lucha auténtica por superarlas, porque en ellas está la raíz del pecado social:

Pero aquí se conoce, pues, quién es fiel, quién pertenece a ese resto de fidelidad. Que mi *llamamiento*, pues, en nombre de Jesucristo, llegue a los corazones y todos queramos, no ser implacables, no ser ángeles de la tierra —todos somos pecadores, todos tenemos malas tendencias—, pero que, al menos, se note un esfuerzo de autenticidad, de confesar los pecados y de luchar por no estar contentos nunca, entronizando el pecado en el mundo; que luchemos por derribarlo, llámese egoísmos, orgullos, vanidades, etcétera.¹⁵ (29-01-78)

Quiero terminar este recuento de los llamamientos de Mons. Romero citando uno

que nos deja entrever que los problemas de la sociedad salvadoreña tendrían solución si cada uno realizara su trabajo como vocación de Dios:

Y esto es lo que yo quisiera dejar ahora, hermanos, como *llamamiento* en nombre de Cristo: que cada uno sea luz en su propia profesión. Mi cargo de obispo es mi vocación; la de mis hermanos sacerdotes en los pueblos y parroquias es su vocación, es su puesto; la de las comunidades religiosas en sus colegios, en sus hospitales, en sus misiones, allí está su vocación; y vocación también la de ustedes, queridos laicos: el médico, el abogado, el ingeniero, el empleado, la vendedora de mercado, el que se gana la vida cargando maletas en el mercado, el jornalero, el carpintero, cada uno vive su propia vocación. (05-02-78)

Hagamos ahora un esfuerzo de síntesis de todos estos llamamientos hechos por Mons. Romero durante su primer año al frente de la Arquidiócesis de San Salvador:

- a. En primer lugar, los llamamientos tienen diferentes destinatarios incluyendo audiencias en general (el pueblo salvadoreño, todos, los cristianos, los laicos, los fieles católicos, los que no tienen fe, los hombres de buena voluntad) y sectores o grupos sociales específicos (militares, personal médico y paramédico, maestros, párrocos, terratenientes y campesinos).
- b. En segundo lugar, hay llamamientos a dejar de hacer algo (llamamientos en sentido negativo) y llamamientos para hacer algo (llamamientos en sentido positivo).
- c. En tercer lugar, hay llamamientos relacionados con la coyuntura sociopolítica y llamamientos relacionados con las fiestas religiosas.

15. El "resto" al que hace alusión Mons. Romero es el "resto de Israel" mencionado en la primera lectura de la misa de ese 29 de enero de 1978: Sofonías 2,3; 3,12-13

Ahora bien, soy de la opinión de que todos estos llamamientos tienen como perspectiva general la de la conversión. Así, muy tempranamente, a escasos tres meses de tomar posesión como arzobispo, Mons. Romero se imaginaba como el profeta que va por los caminos (al estilo de Juan el Bautista) llamando a todos a la conversión:

Qué oportuno es salir en esta hora a todos los caminos de la patria, donde encontramos tanto odio, tanta calumnia, tanta venganza, tanto corazón perverso, para decirles: convertíos.¹⁶
(15-05-77)

La conversión aparece así como una exigencia para salir de la espiral de violencia en que había caído el país. Mons. Romero era consciente de que la situación se deterioraba cada vez más y en ello había responsabilidad, por acción u omisión, de todos los salvadoreños. Por tanto, para revertir la tendencia al empeoramiento, era necesario un cambio de actitudes y de comportamientos, un giro hacia Dios. Este giro tendría como resultado una transformación de las relaciones sociales. Pero no cualquier transformación, ni siquiera la que podría parecerse más y que era buscada por las organizaciones populares, de inspiración marxista, de la época. Una de las diferencias radicaba en la necesidad que Mons. Romero veía de luchar no solo por el cambio de las estructuras sociales, sino también del cambio interior, individual, del corazón. Para aquellas esto era secundario o quizá no entraba en su agenda. Esta era, pues, una clara diferencia de perspectiva:

Así andamos buscando. ¿Cómo se mejorará nuestra República? ¿Cómo habrá más entendimiento entre los salvadoreños? Como si estuviéramos esperando algo que nos venga de fuera. Y le echamos la culpa al Gobierno, a las riquezas, a las cosas; ¿pero de qué servirá —nos dicen los documentos de la Iglesia—

cambiar todas las estructuras sociales, políticas, económicas, si no cambia el corazón de los que han de vivir y manejar esas estructuras?

(10-07-77)

A tal grado insistió Mons. Romero en la necesidad de la conversión personal, propia, que la predicó también de la jerarquía de la Iglesia:

... si la Iglesia ha llegado a comprender hoy mejor al mundo, es para cuestionar al mundo de sus pecados, pero también para dejarse cuestionar ella, la Iglesia, de sus propios pecados eclesíasticos. También somos hombres y podemos pecar y tenemos necesidad de conversión, porque no es para nosotros que llamamos a la gente, sino para Dios, y nosotros también tenemos que convertirnos a Dios. Es el plan de Dios que tal vez lo podemos estorbar nosotros mismos, obispos y sacerdotes. Es una corrección universal la que el reino de Dios pide a su Iglesia y a su mundo.

(14-08-77)

Es *el plan de Dios* el que está en juego hoy como lo estaba ayer. Frente a ese *plan* podemos ser colaboradores o estorbos. Por tanto, es necesario desentrañar a qué llamaba Mons. Romero *el plan de Dios* en las coordenadas de espacio y tiempo en las que le tocó vivir y ser líder religioso, pastor de su grey. De entre todas las formas posibles en que Mons. Romero denominó *el plan de Dios* para los salvadoreños, he escogido una que me parece muy audaz, muy atrevida, pues hace alusión a lo más íntimo de una persona y a lo más íntimo de Dios: su corazón. Ello corresponde con el llamado permanente a la conversión de corazón, una conversión que parece no haber tenido lugar a pesar de los cambios políticos importantes que llevaron a la instauración de un nuevo régimen político en El Salvador. La ausencia de esa conversión de corazón da vigencia a las siguientes palabras:

16. La homilía en la que se encuentran estas palabras corresponde a una misa en los Planes de Renderos, y no a la misa en catedral en la misma fecha.

Es necesario hacerse racional y atender la voz de Dios y organizar una sociedad más justa, más según *el corazón de Dios*. Todo lo demás son parches. Todo lo demás son represiones de momento. Los nombres de los asesinados irán cambiando, pero siempre habrá asesinados, Las violencias seguirán cambiando de nombre, pero habrá siempre violencia mientras no se cambie la raíz de donde están brotando como de una fuente fecunda todas estas cosas tan horrorosas de nuestro ambiente.¹⁷
(25-09-77)

3. Una sociedad según el corazón de Dios

La fuente de inspiración para la transformación social debía estar, por un lado, en la palabra de Dios que se celebra todos los domingos en la misa y que está contenida en la Biblia. Pero también es una palabra que se hizo carne, que se volvió historia personal en Jesús de Nazaret. En esa palabra (la Biblia y Jesús) vamos a encontrar la solución a todos los problemas y, por tanto, la verdadera liberación. No que la palabra de Dios tenga las soluciones técnicas a todos los problemas ni que en ella esté planteada la estrategia política para alcanzar las transformaciones sociales que el país requiere (la liberación por la que no pocos cristianos se sienten comprometidos y trabajan, a la par de los no cristianos, por hacerla realidad):

Estamos en la primera parte [de la misa] precisamente, la palabra de Dios, llamando a los hombres para que comprendan que en su palabra está únicamente la solución de todos los problemas políticos, económicos, sociales, que no se van a arreglar con ideologías humanas, con utopías de la tierra, con marxismos sin horizontes, con ateísmos que prescindan de la única fuerza. La única fuerza que puede salvar es Jesús, que nos habla de la verdadera liberación.
(20-03-77)

Se trata de una búsqueda pero también de una oferta de salvación de parte de Dios para los salvadoreños. Mons. Romero se coloca en la posición de vocero de Dios para anunciar una buena nueva. Dios quiere encontrarse con los salvadoreños y quiere hacer, de las relaciones sociales entre salvadoreños, una señal de la realización histórica de la salvación de Dios:

La historia de El Salvador, con sus próceres, con su política, con sus propias lacras, con sus propias cosas buenas, con sus preocupaciones, es la historia de los salvadoreños y en esa historia de los salvadoreños es donde Dios quiere encontrarse con los salvadoreños y salvarlos.
(07-08-77)

Algo similar dijo en la homilía de año nuevo, en 1978, dándoles un protagonismo en ese plan a los salvadoreños miembros de la Iglesia. A través de ellos, Dios haría realidad su salvación en El Salvador:

... Dios tiene un designio de amor, de salvación, en nuestro país y lo está dando a través de su Iglesia. Los salvadoreños que se aferran a esta Iglesia, la aman, trabajan con ella, son el núcleo, son el reducto, el pequeño grupo de fieles de Israel; desde allí, desde la Iglesia, quiere Dios salvar a nuestro pueblo.
(01-01-78)

Quiere decir que, para Mons. Romero, la Iglesia salvadoreña tiene una misión salvífica en El Salvador. Pero más que un don especial se trata de un llamado a no hacer a un lado esa tarea. Es una afirmación acerca del papel de la Iglesia en la historia contemporánea salvadoreña, pero no es un papel exclusivo de ella. Otros actores sociales comparten, o están llamados a compartir, esa tarea. Esta visión inclusiva de los portadores de la salvación de Dios, que integra incluso a quienes

17. Las lecturas bíblicas que inspiraron a Mons. Romero para decir estas palabras fueron: Am 6, 1a.4-7; 1 Tim 6, 11-16 y Lc 16,19-31 que hacen clara referencia al rechazo de la exclusión social, las desigualdades sociales y la necesidad de buscar la justicia y el amor a Dios.

trabajan solidariamente con los salvadoreños, ya la había manifestado Mons. Romero en el Adviento de 1977:

No es patrimonio de un solo partido, no es privilegio de unos cuantos que están en el poder o en las armas; es el derecho de todo salvadoreño que siente en su corazón el dolor de su patria y tiene que colaborar, encontrando cauces políticos para desarrollar su aportación personal, cívica, al bienestar de todo el país. Dios quiere salvar a El Salvador por sus salvadoreños, por sus políticos, por sus profesionales, por su gente del campo, por todo lo que se llama lo salvadoreño y todo aquello que ha venido a trabajar con lo salvadoreño.
(11-12-77)

Dios necesita hombres, decía Mons. Romero quizá sin percatarse del carácter androcéntrico de esa afirmación. Pero no se trata de hacer un anacronismo de su palabra, sino de captar el sentido incluyente, referido a todos los seres humanos, que quería comunicar monseñor. Con este sentido se dirigía a hombres y mujeres presentes en su catedral:

Todos los cristianos que están aquí presentes tienen que comprometerse, en esta mañana, a ser colaboradores con Dios. Dios necesita hombres, Dios necesita instrumentos que sean como José, que sean como los ángeles, que colaboren con Dios en desarrollar sus designios de amor, de salvación, de esperanza en la tierra. Dichosos los cristianos que saben santificar su vida con el Evangelio y se hacen como José instrumentos de la salvación de Dios.¹⁸
(28-12-77)

Así que un asunto que hay que desarrollar, por razones de espacio, fuera de los límites de este trabajo es el papel de la Iglesia y otros actores en la realización del designio de Dios para El Salvador, entendido como una sociedad según el corazón de Dios. Aquí me

dedicaré más bien a entrar con más detalle en la descripción de esa sociedad, para la cual es necesaria la fe, porque solo así se entenderá esta como designio de Dios en la historia y solamente desde ella se podrá tener la conciencia de ser un colaborador o un estorbo para la realización de ese designio. Así lo entendía Mons. Romero y así esperaba:

Que crezca [la fe], porque dentro de ustedes está el Espíritu del bautismo, de la confirmación, exigiendo un crecimiento en esa fe, para comprender mejor los misterios de la patria, las injusticias del orden, todo lo que aquí no comprendemos y lo queremos resolver a base de violencia y de fuerza, de represión y de tortura. No se resuelven así las cosas; es desde el fondo de la fe, desde los designios de Dios en la historia, como el hombre tiene que colaborar, no estorbar esos designios del Señor.
(02-10-77)

Otra vez, no es que solo las personas con fe estén capacitadas para colaborar en la realización de los designios de Dios. Ya hemos visto anteriormente que Mons. Romero hace llamamientos a los “hombres de buena voluntad” que no comparten la fe, que se declaran no creyentes, a trabajar juntos en la transformación que requiere nuestra sociedad. Por tanto, la fe no debe entenderse como un requisito para colaborar con Dios. Más bien lo dicho es un llamamiento implícito a quienes dicen tener fe para que la hagan producir. Para que por esa fe se caiga en la cuenta de las cosas que hay que transformar, de la justicia que esa fe exige. Los católicos, los cristianos en general, entenderán por su fe que Dios quiere hacer de El Salvador una patria de salvación como traducción histórica del reinado de Dios. Una patria con estructuras sociales de salvación. Una patria en la que los cristianos sientan que de verdad adoran a su Dios, en la que su trabajo y su convivencia sean formas históricas de adorar a Dios:

18. Como en este párrafo, en las homilias de Mons. Romero aparecen lo que se podrían denominar “las bienaventuranzas de Mons. Romero”. Se trata de la presentación de diversos actores como “dichosos” y la razón por la cual lo son.

La patria se construye sobre estos designios de Dios, y la verdadera vocación de mi patria es ser *una patria de salvación*. La verdadera vocación de los salvadoreños está en que lleguemos un día a constituir ese reino de Dios. No solo bautizados de nombre, si efectivamente cristianos, comprometidos a hacer de nuestros hogares, de nuestras haciendas, de nuestras fincas, de nuestros caminos, de nuestras leyes, toda una estructura de salvación, toda una estructura donde el salvadoreño se sienta verdaderamente realizado como cristiano, capaz de adorar con libertad a su Dios y con toda libertad proclamar la religión integral que Dios le manda proclamar.
(11-12-77)

Hay aquí, pues, una concepción estructural de la salvación. Algo que podría interpretarse como la visión de una sociedad donde sus estructuras se orientan a hacer presente la salvación de Dios. Así puede entenderse la alusión a “hogares” (como unidad social básica), “haciendas y fincas” (como unidades básicas en la estructura económico-social salvadoreña de entonces) y “leyes” (como expresión de la estructura jurídica de la sociedad). A tales estructuras debe corresponder una estructura ideológica en la que no tengan cabida las calumnias, la “filosofía de la maldad”, la mirada de sospecha y desconfianza en el otro, y en cambio se promueva al menos el sentido racional y la fraternidad. La *tranquilidad* será entonces una señal de esa patria de salvación. La patria será *una patria más tranquila*:

Y por favor, cesen de propalar calumnias; cesen de perseguir la misión de la Iglesia; cesen de sembrar discordias y rencores; cesen de propalar esa filosofía de la maldad, de la venganza, y unámonos todos para hacer de nuestra patria, una patria más tranquila en que no haya tanta desconfianza de unos contra otros, en que no andemos huyendo como si estuviéramos en una selva salvándonos de las fieras, en que vivamos de veras como hermanos, si no por la fe en

una resurrección, en un Cristo, al menos por un sentido racional, al menos por un sentido humano, por *un sentido de fraternidad*
(12-05-77)

La tranquilidad será un anticipo social de la paz que Dios quiere para todos los seres humanos, en general, y para todos los salvadoreños, en particular. Será una tranquilidad basada en la fe que nace del Cristo traspasado¹⁹ —porque nadie que tenga fe querrá ser partícipe de las ofensas hechas hoy a Cristo— y del reconocimiento de que el otro es mi hermano:

Nos alegra saber que los hombres se preocupan y que ojalá esta larga pesadilla ya no se sienta y, como quien despierta a una vida normal, sintamos que hay paz, que hay tranquilidad, que todos somos hermanos, que todos somos iguales. Que no haya salvadoreños que empuñen las armas contra hermanos salvadoreños. Que no haya salvadoreños que atropellen indignamente a sus hermanos, tal vez son paisanos de su mismo cantón. Que haya más sentimientos de cristianismo. Que miremos todos al que traspasamos con estas cosas y que de Cristo el Señor saquemos la cordura, saquemos la sensatez, para ser *un país donde se pueda vivir verdaderamente con la tranquilidad* de quien vive en su propia patria.
(19-06-77)

La tranquilidad de la que gozarán los salvadoreños, en la sociedad según el corazón de Dios, se basa también en la justicia, en la equidad y en la participación de todos los salvadoreños en la construcción de su propio destino. Pienso que hay aquí un profundo sentido democrático en la realización histórica de esa sociedad. No hay lugar a la exclusión por ninguna razón. En este punto, la exclusión es contraria a la paz:

La verdadera paz es aquella que se basa en la justicia, en la equidad, en el plan de Dios que nos ha creado a su imagen y semejanza, y nos

19. Referencia al texto de Zac 12,10.

ha dado a todos los hombres la capacidad de contribuir al bien común de la república. No es un pequeño grupo el que Dios ha escogido, sino a todos los salvadoreños. *Todos tenemos derecho a participar* en nuestro propio destino, en nuestro propio bien común. No cabe entonces ninguna exclusión. Es derecho humano.

(14-08-77)

La sociedad que soñaba Mons. Romero es una sociedad incluyente y en paz. Dios es la garantía de su posibilidad pero nadie queda eximido de su aportación. Algo que debe hacerse con sinceridad y los Gobiernos deben dar claras muestras de su aporte dado el alcance de sus obras y su responsabilidad para con la sociedad. Gobiernos van y Gobiernos vienen, unos y otros dicen trabajar por la paz, unos y otros prometen que harán todo lo que está en sus manos para alcanzar la paz. Pero la paz no llega:

Se necesitan muchas obras para ganar la confianza y, de verdad, buscar en[tre] todos, con sinceridad, la paz que necesita nuestra patria. Necesitamos, hermanos, una gran confianza mutua y esto es justicia. Y si no hay esto, El Salvador seguirá ansiando la paz que canta en su himno nacional, pero que no la ha sabido conservar.

(03-07-77)

Quizá la base para el sentido de inclusión en el trabajo por una sociedad en paz, una patria tranquila, con estructuras de salvación, resida en la conducta honrada y en la oración de corazón. La metáfora empleada entonces por Mons. Romero para describir la nueva sociedad es la de una ciudad, unos campos y unos pueblos hermosos. Son todos ellos lugares de vivienda y de trabajo, de esparcimiento, de convivencia, de encuentro, de descanso y de trabajo. Nótese que la hermosura de estos trabajos no viene dada por la grandeza de sus edificaciones y de sus carreteras, por la intensa actividad económica o algo por el estilo:

¡Qué hermosa fuera nuestra ciudad, los campos, los pueblos donde los hombres profesionales, comerciantes, estudiantes, mujeres de hogar, del mercado, todos tuviéramos en el corazón un gran sentido de oración y al mismo tiempo una honradez en el trabajo, una diligencia.

(17-07-77)

Adelantándose en el tiempo, Mons. Romero imaginó también que un rasgo configurador de la sociedad según el corazón de Dios sería el pluralismo, tanto en su realización como en el sujeto que la realizaría:

Dios es tan variado en su creación que no hay dos hojas iguales en un árbol; mucho más en la creación del infinito en su Iglesia, ha dado dones maravillosos para que entre todos los dones, fíjense bien, organicemos el reino de Dios. Es necesario un pluralismo sano. No queramos cortarlos a todos con la misma medida. No es uniformidad, que es distinto de unidad. Unidad quiere decir pluralidad, pero respeto de todos al pensamiento de los otros y, entre todos, crear una unidad que es mucho más rica que mi solo pensamiento.

(29-05-77)

La pluralidad, la hermosura, la tranquilidad, la paz, hacen de la sociedad según el corazón de Dios, una sociedad paradisíaca. Si los salvadoreños acogieran la palabra de Dios, si los salvadoreños fueran auténticos seguidores de Jesús, buscarían un cambio en la forma en cómo están estructuradas sus relaciones sociales, en la forma en que distribuyen la riqueza y los bienes que los salvadoreños todos juntos producen. Pero hay que insistir en que sería un cambio inspirado en la palabra de Dios:

¿Cuál es el buen uso, pues entonces, de las riquezas, de los bienes? ¡Ah, si se tuviera en cuenta la palabra de Dios, que ilumina las sociedades, los pueblos, los hombres, las familias, cómo haríamos de la tierra un paraíso! En la segunda lectura de hoy, tenemos unas normas

preciosísimas que si fueran la inspiración de un cambio de estructuras en El Salvador, veríamos cómo desaparecen todas esas cosas que no quisiéramos que existieran.²⁰
(25-09-77)

Entonces, El Salvador sería un paraíso, un país de redimidos, de perdonados, donde reina la fraternidad. Para ello es necesaria la conversión de corazón y la misericordia y bondad del Señor. Mons. Romero expresa una bienaventuranza y un deseo que todavía, en la segunda década del siglo XXI, sigue siendo actual:

¡Qué dichoso será el momento en el que desaparezca de El Salvador esta terrible tragedia en que tenemos miedo unos de otros, en que existen lugares donde sufren nuestros hermanos! Que el Señor haga desaparecer con una lluvia de misericordia y de bondad, con un torrente de gracias para convertir tantos corazones. Un paraíso, tan bella patria que nos ha regalado el Creador, que el Divino Salvador le dio su nombre. Que se convierta de veras en un país donde todos nos sintamos redimidos y hermanos.
(19-06-77)

Aunque todos necesitamos de la conversión hacia Dios, Mons. Romero la predicaba especialmente de los cristianos que hacen política, de los políticos que dicen ser cristianos. Por su papel en la sociedad, los políticos cristianos tienen una gran responsabilidad para hacer de la nuestra, una *nación feliz*. Ello requiere, sin embargo, que estos políticos no persigan primordialmente los intereses particulares de su partido o los suyos propios:

Si se viviera justificado, si no se tuviera el pecado en el alma, nadie tuviera el valor de usar el fusil contra otro hombre. Si se tuviera la conciencia cristiana, si se fuera cristiano de verdad, no se abusaría del poder; serían unos políticos cristianos y, partiendo de una since-

ridad de justificación, buscarían el verdadero bien del reino de Dios, que hace más felices a las naciones.
(26-06-77)

Si los políticos cristianos y los cristianos en la política actuaran así, la sociedad salvadoreña sería parecida a un mundo donde la represión y la tortura no tendrían lugar. Hay que tomar en cuenta que el año 1977 conoció una escalada en la represión y la tortura como método utilizado por los gobernantes para evitar las transformaciones que la sociedad requería. Los Gobiernos militares dejaron de existir y los espacios de libertad se ampliaron. No por ello, la siguiente cita está fuera de lugar. Bastará cambiar las referencias a represión y tortura por la de violencia. Entonces nos daremos cuenta de la actualidad de la palabra de Mons. Romero como mundo soñado por la Iglesia (en realidad como lo sueña Mons. Romero), como sociedad según el corazón de Dios y como horizonte de actuación para los políticos cristianos:

¡Ah, si tuviéramos hombres de oración entre los hombres que manejan los destinos de la patria, los destinos de la economía! Si entre los hombres, más que apoyarse en sus técnicas humanas, se apoyaran en Dios y en sus técnicas, tuviéramos un mundo como el que sueña la Iglesia: un mundo sin injusticias, un mundo de respeto a los derechos, un mundo de participación generosa de todos, un mundo sin represiones, un mundo sin torturas.
(17-07-77)

Si quisiéramos decirlo en términos provenientes de las ciencias sociales, esa sociedad según el corazón de Dios estaría configurada desde la promoción integral de los seres humanos. A tal grado que bien podría plantearse el siguiente teorema: “cuanto mayor sea el desarrollo integral de los seres humanos, en lo individual y en lo social, más se parecerá esa sociedad a la que Dios quiere

20. La lectura a la que hace referencia Mons. Romero es la de 1 Tim 6, 11-16.

para los seres humanos”. Por supuesto que Mons. Romero no se apoya tanto en las ciencias sociales, sino en la Doctrina Social de la Iglesia. Sea cual sea su fuente, lo importante acá es la comparación hecha entre la voluntad o el designio de Dios y el desarrollo integral de los seres humanos. De tal manera que la sociedad según el corazón de Dios se concreta en escuelas, hospitales, en desarrollo de capacidades, en salud, etcétera:

... sintamos la igualdad que Dios ha querido de todos sus hijos; que organicemos un mundo más conforme a esta promoción integral de todo el hombre; que todo el hombre sienta la capacidad de desarrollar toda su capacidad, de salir de la enfermedad, de encontrar hospitales donde curarse, de encontrar escuelas para todos sus niños, que no se queden analfabetas, de promover, pues, en todos los sentidos el desarrollo humano integral de todo el hombre.
(09-10-77)

La política y la economía como ámbitos de acción de los seres humanos se convierten así en instrumentos idóneos para hacer de nuestra sociedad, una sociedad buena, una sociedad paradisiaca, una sociedad tranquila, una sociedad según el corazón de Dios. Política y Economía se convierten o deben ser consideradas, según Mons. Romero, como mediaciones de Dios:

... en la política y en los elementos económicos y sociales es donde el hombre se desarrolla. Pero a la Iglesia no le interesan los intereses políticos o económicos, sino en cuanto tienen relación con el hombre, para hacerlo más hombre y para no hacerlo idólatra del dinero, idólatra del poder o, desde el poder, hacerlos opresores o, desde el dinero, hacer marginados. Lo que interesa a la Iglesia es que estos bienes que Dios ha puesto en manos de los hombres —la política, la materia, el dinero, los bienes— sirvan para que el hombre realice su vocación de hijo de Dios, de imagen del Señor.
(17-07-77)

Política y Economía son mediaciones de Dios y, por tanto, la sociedad según su corazón no se agota con la política y la economía. Si así fuera se trataría de la realización de un proyecto meramente temporal y ya hemos visto que Mons. Romero apuntaba más lejos. El desarrollo integral de los seres humanos, pudiendo ser una concreción histórica del designio de Dios, no lo es todo. Siguiendo al papa Pablo VI en su encíclica *Populorum Progressio*, Mons. Romero insistió en que:

El día en que todos los salvadoreños salgamos de ese amontonamiento de condiciones menos humanas a situaciones personales y nacionales de condiciones más humanas, no solamente de desarrollo que se queda aquí en lo económico, sino que nos eleve hasta la fe, la adoración de un solo Dios, este es el verdadero desarrollo de nuestro pueblo.
(15-01-78)

La sociedad según el corazón de Dios trasciende lo terrenal, lo temporal. No es que no sea importante. Por supuesto que lo es. Si no fuera así para Mons. Romero, no se entendería por qué él insistió en trabajar aquí por mejorar las condiciones de vida de los salvadoreños, especialmente las de los pobres y, entre ellos, las de los campesinos. Pero el ideal de sociedad tiene también una dimensión teológica que la vuelve una sociedad hermosa, pues en ella los seres humanos brillan como lámparas del Señor, aunque se consuman en el servicio a la humanidad:

Qué hermosa sería la sociedad cuando los hombres pusieran el ideal no en los bienes de la tierra, enriquecerse más, tener más. Eso, lo hemos dicho ya aquí, es la expresión más elocuente del subdesarrollo moral: la codicia, el afán de tener, el frenesí de poder, idolatría. El hombre brilla cuando es más luz del Señor; cuando hace de su profesión un servicio a la humanidad; cuando como lámpara se va consumiendo mientras ilumina.²¹
(05-02-78)

21. Mons. Romero toma el concepto de subdesarrollo moral de la encíclica *Populorum Progressio*, de Pablo VI.

En la sociedad que Dios quiere, y que Mons. Romero promueve para El Salvador, la legislación es un instrumento para que reine la fraternidad. Si la ley está al servicio de este fin, y por eso protege a los sectores sociales de menos recursos, no hay duda de que las cosas cambiarán:

Ojalá [...] tengamos también, un día en El Salvador, esas leyes que tengan en cuenta sobre todo esos sectores de menores recursos, y así veremos cómo una patria, por el mismo hecho de descartar las injusticias sociales, superará los peligros del terrorismo, desaparecerán odios, diferencias cuando las mismas leyes nos den una institución nacional conforme al pensamiento de Dios, que lo ha creado para que todos nos sintamos hermanos.

(18-12-77)

Como las leyes, el poder político no debe servir para atropellar sino para orientar a los ciudadanos hacia el bien común. El poder político no debe ser utilizado para dividir. Ese sería un uso diabólico, contrario a la voluntad de Dios:

¿Qué quiere Dios con el poder político, por ejemplo, en un país? Quiere que esas fuerzas unan moralmente, por una ley sana, las voluntades de todos los ciudadanos al bien común; pero Dios no quiere que se use el poder para atropellar, para golpear hombres, para golpear ciudades, pueblos. Eso es perversión.

(21-08-77)

Toda la estructura jurídico-política de la sociedad ha de estar orientada a promover la justicia y el amor fraternal entre los salvadoreños. Quien ocupa un puesto en esa estructura no debiera olvidar la perspectiva del servicio, máxime si se declara cristiano. Trabajando de esa manera pone en evidencia el sentido trascendente del Gobierno:

El gobernante, el legislador, el juez no es dueño de la patria ni de las leyes ni de la justicia; es un administrador del reinado de Cristo que tiene que administrar la justicia, el gobierno, el bien común según el pensamiento del rey justo, del rey amor, del rey fraternal.²²

(20-11-77)

En similar sentido se pronunció Mons. Romero sobre la estructura económica y de quienes tienen riqueza. Lejos está de condenar, de desprestigiar, de calumniar o de promover el odio y el resentimiento entre clases. Como a todos, les pidió la conversión, pero les planteó la gran oportunidad que tenían para contribuir en la realización de la sociedad según el corazón de Dios:

¿Qué quiere Dios del capital, al hombre que le da dinero, haciendas y cosas? Que se convierta, quiere decir que sepa darle a las cosas creadas por Dios, el destino que Dios le dio a las cosas, que son siempre de Dios, el bienestar de todos, el compartir con todos la felicidad.

(21-08-77)

En fin, la sociedad según el corazón de Dios es una sociedad donde todos nos sentimos hermanos. La raíz última de esta fraternidad es la filiación divina, el reconocimiento de que todos somos hijos de un mismo Dios, que quiere salvar a los salvadoreños y que desea hacer de nuestra patria una señal de su salvación en la historia. La belleza de la República, la fertilidad de sus tierras, el lindo cielo que cubre a este país están allí para recordarnos esta voluntad de Dios:

Y es necesario que, en un ambiente de justicia y de amor fraterno, sintamos que esta República tan bella, que estas tierras tan fértiles, que estos cielos tan lindos de El Salvador, sean alegría de todos los salvadoreños, que todos nos sintamos hermanos cobijados por los dones del mismo Dios para todos.

(06-01-78)

22. Gobernante, legislador y juez hacen alusión a los tres órganos del Estado, según la Constitución política salvadoreña.

Por tanto, todos tenemos la necesidad de trabajar para construir la fraternidad entre todos los salvadoreños, para que seamos felices contribuyendo a la felicidad de todos. Como lo planteó Mons. Romero durante su homilía de la Epifanía de 1978:

Es la hora, pues, hermanos, en esta Epifanía, de sentirnos profundamente salvadoreños y decirle al Señor que estas riquezas que Él nos ha dado son tuyas y que nosotros, como imágenes tuyas en la tierra, tenemos que trabajar para que en ellas se beneficien, se hagan felices todos sus hijos.

(08-01-78)

4. Para terminar

Los segmentos de las homilías de Mons. Romero utilizados en este trabajo son apenas una muestra de lo que podemos encontrar en todos sus escritos y que pueden ayudar a dibujar los rasgos de una sociedad que él imagina “según el corazón de Dios”. Por supuesto que no se trata de un diseño de ingeniería social o política. Se trata más bien de principios orientadores, de metáforas heurísticas. Así, por ejemplo, utiliza expresiones en las que habla de un sustantivo (sociedad, patria, país) que refiere a las relaciones entre los seres humanos, entre los salvadoreños concretamente, al que les agrega un adjetivo que expresa una cualidad positiva (hermosa, bella, tranquila, en paz, paradisíaca, plural, feliz, incluyente, etc.). Esta sociedad “según el corazón de Dios”, que algunas veces Mons. Romero llama “la patria”, la llega a comparar incluso con “el reino de Dios”.

A Mons. Romero se le conoció más por ser sacerdote, obispo, pastor, profeta, mártir y santo. Todos estos son términos religiosos. En este trabajo me centré en la faceta de profeta. Como tal, su prédica no fue solamente religiosa. No solamente habló sobre la verdad de Dios y de la Iglesia. También habló de la verdad de los seres humanos, de la verdad de las relaciones sociales entre los salvadoreños. Como profeta, Mons. Romero se apasionó por

la verdad y con ella buscó influir en la opinión pública. De esa manera su voz tuvo repercusiones políticas porque, por un lado, realizó una denuncia de las injusticias, la violación de los derechos humanos y de todo aquello que, teológicamente hablando, podía considerarse pecado (tanto personal como social). Y, por otro lado, la denuncia nunca fue su última palabra, sino que siempre estuvo acompañada del anuncio.

La profecía de Mons. Romero anunció una buena noticia, un evangelio para los salvadoreños: que Dios quiere hacer llegar su salvación a los salvadoreños, en su historia. En la línea de predicar la verdad sobre Dios, sobre la Iglesia y sobre los seres humanos, Mons. Romero anuncia, de parte de Dios, la posibilidad histórica de la convivencia fraterna entre los salvadoreños. Pero para ello, es necesaria la conversión hacia Dios de las personas y estructuras sociales. Es necesario un cambio de corazón que se exprese en el trabajo por hacer de las relaciones sociales entre los salvadoreños unas relaciones de fraternidad. Así lo dijo, por ejemplo, el 6 de enero de 1978: “Y es necesario que, en un ambiente de justicia y de amor fraterno, sintamos que esta República tan bella, que estas tierras tan fértiles, que estos cielos tan lindos de El Salvador, sean alegría de todos los salvadoreños, que todos nos sintamos hermanos cobijados por los dones del mismo Dios para todos”.

Mons. Romero no solo llamó a los militares a que cesaran la represión, a que no obedecieran órdenes inmorales y a que recuperaran sus conciencias. También llamó a los maestros, a los médicos y personal paramédico, a los profesionales, a los campesinos y jornaleros, a los políticos (especialmente a aquellos que dicen ser cristianos), a los terratenientes, a los párrocos, a las religiosas y religiosos, a los obispos y también a los no creyentes (a “los hombres de buena voluntad”), a contribuir a hacer realidad la buena nueva anunciada con la garantía de que se trata de un designio de Dios. Como se trata de una transformación social, Mons. Romero asignó un papel impor-

tante a la Iglesia, a grupos y sectores sociales específicos y a las organizaciones populares.

Las palabras de Mons. Romero están dichas en un contexto histórico que tiene rasgos estructurales y rasgos coyunturales. No podrían comprenderse a cabalidad las homilias de Mons. Romero si no se toman en cuenta ambos rasgos. Sin embargo, en este trabajo se ha obviado la descripción de dichos rasgos no porque no se les considere importantes, sino para centrarse más bien en lo sustantivo de la buena noticia predicada.

Si se pusiera al pensamiento “sociopolítico” (valga la expresión) de Mons. Romero en perspectiva comparada, tanto con otros autores que soñaron sociedades mejores (utopías)

en otros tiempos, dentro y fuera de la Iglesia, como con el pensamiento “sociopolítico” latinoamericano en boga en la década de 1970, entonces quizá se valore todavía más el carácter profético que se le atribuye a Mons. Romero, no tanto por el lado de la denuncia, sino más bien por el lado del llamado a la conversión y del anuncio del designio de Dios ahora para los salvadoreños del siglo XXI:

Yo soy el micrófono nada más de Dios, para hacer llegar a los oídos de ustedes lo que Dios les quiere mandar a decir. Y allá cada uno de ustedes en su corazón, la sinceridad con que está recibiendo esta palabra de Dios, para convertirse a Él y agradecerle y entablar con Dios su diálogo personal o para rechazarlo. (25-11-77)